

## II

Por un contraste singular el imperio ruso, que representa en Europa la forma más autocrática de gobierno, en sus costumbres y legislación muestra un espíritu liberal de que no siempre se halla ejemplo en las naciones habituadas á practicar la libertad política.

En ninguna parte el extranjero instruido goza de tantas prerogativas. La instrucción tiene en Rusia títulos especiales á la consideración del gobierno y á la solicitud de la ley. El artículo 11º del



úcase de 1864 sobre la naturalización, dice: "La duración de la residencia que debe preceder á la naturalización (cinco años) puede, con permiso del ministro del interior, abreviarse en favor de los extranjeros que hayan prestado servicios importantes á Rusia, ó se hayan distinguido por *aptitudes notables, por su erudición,*" etc. En otro artículo, ya no solamente se ve un privilegio en favor de la instrucción, sino también la importancia que da el legislador al lugar en que se recibe: "Los hijos de extranjeros naturalizados, dice, nacidos y educados en Rusia ó los que, *aunque nacidos en el extranjero, hayan hecho sus estudios en los establecimientos de instrucción superiores ó secundarios rusos,* adquieren derecho por esto á obtener la naturalización en el año siguiente á su mayor edad," y

el mismo artículo agrega: "Los hijos de extranjeros á quienes el establecimiento en que han sido educados acuerde el derecho de entrar en el servicio civil pueden, si tal es su deseo, ser admitidos según el reglamento del ramo, *sin hacerse naturalizar.*"

En cuanto á los efectos de la naturalización, la ley asimila en todo el extranjero naturalizado al ruso por nacimiento: "Los extranjeros naturalizados en Rusia, declara el artículo 19º, obtienen todos los derechos y están sometidos á todos los deberes inherentes á los rusos, *sin que haya ninguna diferencia entre ellos y los súbditos indígenas.*" La ley, sin embargo, es mucho más liberal para el naturalizado que para el indígena. Sólo en dos casos puede éste renunciar á la nacionalidad rusa: la mujer por el matrimonio con



extranjero, y el ruso en general cuando cambia su nacionalidad por la finlandesa ó la polaca, países sometidos á la soberanía del czar. Fuera de estos dos casos la sumisión al Imperio es perpetua para el indígena, y su estatuto personal lo sigue á todas partes con ta rigor que si emigra sin la autorización necesaria ó cambia de nacionalidad, un artículo del código penal lo condena á la pérdida de derechos equivalentes á la muerte civil. Nada de esto existe para el ruso por naturalización, que en todo tiempo tiene derecho "á recobrar su antigua nacionalidad," y, "según su deseo, á ausentarse de Rusia ó á continuar á residir gozando, en este caso, de los mismos derechos que los extranjeros en general." Esta liberalidad y tolerancia explica la preferencia que tantos hombres emi-

nentes han dado á Rusia, cuando los acontecimientos los han alejado del suelo natal.

Desde el siglo XVII vemos ya á dos extranjeros, François Lefort y el conde de Münich Cristophe Burchardt, de Ginebra el primero y del condado de Oldenbourg el segundo, ayudando á Pedro el Grande á desprender la nacionalidad rusa del desorden y confusión en que se agitaban los pueblos del norte; á emprender las grandes reformas; á asociarse á la política general de Europa y á civilizar tribus semibárbaras de raza y condición diversas. Lefort comenzó su carrera en Francia, de donde lo alejó un punto de honra. Simple capitán á la muerte del czar Feodor Alexiévitch contribuyó á la proclamación de Pedro I, de quien fué consejero íntimo y confidente.



General, formó el ejército; almirante, creó la marina. Rusia le debe los proyectos de reformas que inmortalizaron á Pedro el Grande, la organización de la hacienda y las victorias contra los turcos. Tantos servicios le valieron el vireinato de Novgorod y la amistad del czar que, al saber la muerte de Lefort, exclamó: “¡He perdido mi mejor amigo!”

Como Lefort, Burchardt no dejó á su patria para dirigirse directamente á Rusia, sino que comenzó por servir al Austria en la guerra de sucesión. Establecido después en Rusia, á su talento de ingeniero debió que Pedro I le confiara la más grande obra de su tiempo: la apertura del canal de Ladoga. Consejero privado de la emperatriz Ana Ivanovna y más tarde *feld-maréchal*, combatió con gloria á los po-

lacos y á los turcos, terminando su carrera como primer ministro.<sup>1</sup>

En la misma época Patkul para librar la Livonia, su patria, de la tiranía de Carlos XI trabajaba por anexarla á Rusia ó á Polonia: al servicio del elector de Saxe y rey de Polonia Federico Augusto, fué general y consejero íntimo, y al de Pedro el Grande teniente general y embajador. El oficial alemán Ostermann<sup>2</sup> también fué acogido por Pedro I, llegando bajo el reinado de Ana Ivanovna á ministro y á canciller, y durante la minoría de Ivan VI á la más alta gerarquía á que puede aspirar un súbdito ruso: á miembro del consejo de regencia. Tan encumbrado puesto prefirió Oster-

<sup>1</sup> Pedro el Grande decía que Burchardt nunca había cometido una falta en diplomacia.

<sup>2</sup> Natural del condado de la Marek.



mann cambiarlo por el destierro en Siberia, antes que empañar su fidelidad no oponiéndose á los planes de Elisabeth contra Ivan. El escocés Patrick Gordon, *feld-maréchal* y gobernador de Moscou; el general Bauer, natural del Holstein, organizador de la caballería rusa; el holandés Brandt, el alemán Timmermann y el almirante veneciano Lima construyeron las primeras barcas, enseñaron el arte de la navegación y, con Lefort, crearon y organizaron la marina; el escocés Bruce formó la artillería, dirigió la diplomacia y fué para el pueblo gran mago y hechicero por la publicación de un almanaque; el irlandés Lascy, mariscal y gobernador de Livonia; el generalísimo Schein y los generales de Croï y Renne fueron los grandes colaboradores del czar reformador.

Decidido á arrancar á la barbarie oriental un imperio inmenso, y á despertar el genio de la raza eslava que dormía en un abismo de ignorancia y de miseria, Pedro el Grande buscó sus auxiliares en todos los pueblos de Europa, transplantando así en la Moscovia una civilización ya perfeccionada, que en otras partes había sido fruto de muchos siglos. Holanda le envió artilleros; Alemania más de seiscientos oficiales; de Venecia vinieron los marinos. Industriales y comerciantes acudieron á millares y llevaron á Rusia industrias nuevas, como la del francés Manvriou y la del inglés Humphrey; mientras que esclavos de Bohemia, de Silesia y de Moravia; escritores y traductores de toda Europa, dirigidos por el czar mismo, establecían imprentas, creaban bibliotecas, hacían traducciones para



propagar rápidamente ideas europeas, publicaban el primer periódico y daban á luz libros defendiendo las reformas.

Las ciencias y las artes vinieron de Grecia con los hermanos Likhoudis; de Alemania con Wolff, Bulfinger y Hermann; de Francia con Bernouilli y de l'Isle, sabios que Pedro el Grande llamó para establecer una Academia semejante á las de Londres y Paris. La instrucción también la difundían extranjeros, y hasta oficiales y soldados prisioneros de Suecia, en escuelas primarias y en colegios especiales que enseñaban cada uno de los ramos de la administración. La medicina la debió Rusia igualmente al extranjero: los primeros hospitales y la instrucción de cincuenta moscovitas fué encomendada al doctor Bidloo.

En la escuela de esos extranjeros se

formaron grandes hombres indígenas: mariscales como Cheremetief y Menchikof; almirantes como Golovine y Apraxine; diplomáticos como Kourakine y Dolgorouki; matemáticos como Magnitski; poetas como Lomonossof; historiadores como Bantych-Kamenski. Al mismo tiempo más de cien jóvenes rusos estudiaban en Königsberg, en Venecia, en Inglaterra y en los Países Bajos la administración, la marina y la construcción naval, y el czar mismo, partía bajo un disfraz en la comitiva de Lefort, embajador en los Estados Generales; y en Saardam, en Amsterdam y en Londres trabajaba en los talleres, visitaba las fábricas y los museos, estudiaba las matemáticas, las fortificaciones, la navegación, y dos años después regresaba llevando consigo el fruto de sus observaciones personales y



un ejército de ingenieros, arquitectos, artistas y obreros, ¡instrumentos de progreso destinados á regenerar un mundo, á inocular la vida y á sacudir con el soplo de la civilización las viejas cabañas moscovitas!

Pero la presencia de tantos extranjeros y las innovaciones que introducían en las costumbres, necesariamente debían provocar viva resistencia en un pueblo que si sospechaba su vecindad con Suecia, con Alemania y con Turquía, ignoraba enteramente la existencia de Francia, de Inglaterra y del resto de la Europa occidental. Cada clase se alzaba contra las reformas en defensa de un pasado secular: la iglesia oficial, celosa de una influencia que llegaba hasta imponer la pena de muerte á quien salía de Rusia sin permiso de su patriarca; la aristocracia dueña del ter-

ritorio, que de catorce millones á que ascendía entonces la población total del Imperio disponía en propiedad de diez millones de rusos; la nobleza hereditaria, que Pedro el Grande humillaba confundiendo con la nobleza *de servicio* concedida á todos, rusos ó extranjeros, por el solo hecho de servir al czar; los *streltsi*, que habituados como los pretorianos de Roma y los jenízaros de Turquía á imponer su voluntad á los soberanos, se resistían á toda disciplina; el pueblo, en fin, que en su indolencia oriental repetía como divisa el más popular de sus proverbios: *novedad es calamidad*, porque sacrificado siempre presagiaba en cada cambio una agravación á sus males. Así reunidos la ignorancia, el fanatismo y la codicia en un común sentimiento de hostilidad, las quejas se acumulaban y hasta



se negaba la obediencia á un czar amigo de extranjeros hereges que hacía cortar la barba á los vivos y permitía la disección de los muertos; que autorizaba la "infección sacrílega del tabaco" y fomentaba el gusto por los vestidos alemanes; que escandalizaba los viejos usos arrancando las mujeres al *terem* en que vivían guardadas con veintisiete cerraduras para mostrarlas en público, sin *fata* en el rostro; que obligaba á los padres á no violentar la inclinación de los hijos al contraer matrimonio é impedía matar á los seres contrahechos; que ponía trabas á la libre disposición de la propiedad exigiendo que "la venta de esclavos se hiciera por familias, sin separar los maridos de sus mujeres ni los padres de sus hijos;" y que, por último, sin respeto á las tradiciones se ausentaba de la santa

Rusia para recorrer los reinos de extranjeros que vivían en las extremidades del mundo desconocido, allá . . . en las costas del mar océano!

Presagios del fin del mundo y signos precursores del Antecristo eran para los monges de la iglesia oficial y los sectarios del *raskol*, el colosal esfuerzo y la energía sobrehumana del czar para implantar en la vieja Rusia reformas aconsejadas por la heregía de los extranjeros, y fomentado por ellos, el espíritu de rebelión se extendía por toda la Moscovia y un mundo de enemigos se levantaba contra el audaz innovador: Eudoxie, la czarina divorciada, conspiraba desde su retiro monacal rodeada de una corte de descontentos y de intrigantes; Aléxis, el czarevitch, el propio hijo de Pedro el Grande, esperaba la muerte de su padre y